

CAPITULO IV.

ORACION DE INTERCESION.

Medios que concurren á la salvacion de una alma.—Qué envuelve su salvacion.—Misterio de la oracion.—Vision de Santa Gertrúdis sobre el Ave-Maria.—Aplicacion de los tres instintos de los Santos á la práctica de la intercesion.—Por quiénes debemos interceder:—1.º por los que están en pecado mortal—2.º por los tibios—3.º por los Santos que se hallan todavía en la tierra—4.º por los atribulados—5.º por nuestros bienhechores—6.º por los que aspiran á la perfeccion—7.º por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del cielo—8.º por los ricos y nobles.—Tiempo, lugar y método de la intercesion.—El gozo y la exencion de la vanagloria, frutos de la oracion de intercesion.

SECCION I.

Salvacion de una alma.

Veamos lo que concurre á la salvacion de una alma, y que va envuelto en esta su salvacion. En primer lugar, para la salvacion de una alma, fué absolutamente necesario, segun los designios de la providencia, que Dios se hiciese hombre. Para la salvacion de esa sola alma fué absolutamente necesario que Jesus naciese, y enseñase, y obrase, y rogase, y mereciese, y satisfaciese, y sufriese, y derramase su sangre, y muriese. Por esa alma única fué necesario que existiese una Iglesia católica, y fe, y Sacramentos, y Santos, y Papas y Sacrificio de la Misa.

Por ella fue necesario que hubiese un don sobrenatural, participacion maravillosa de la naturaleza divina, llamado gracia santificante; y que sobre este precioso don celestial se acumulasen actos amorosos y dulces impulsos de la voluntad divina, en forma de numerosas y variadas gracias actuales, prevenientes, cooperantes, subsiguientes y eficaces; de lo contrario, la salvacion de esa alma es imposible. Para salvacion suya fue necesario que hubiese mártires que muriesen, doctores que escribiesen, papas y concilios que expusiesen y condenasen la herejía, misioneros que viajasen y obispos que ordenasen. Acabadas todas estas preparaciones, y criada esa alma de la nada, por un acto misericordioso de la omnipotencia divina, es asimismo necesario designarla un ángel que la guarde; Jesus debe dirigir en favor suyo todos sus cuidados y desvelos; María tiene que tomar por ella un grandísimo interes, y todos los Ángeles y Santos es preciso tambien que por ella rueguen, y por ella intercedan sin descanso y con encendido fervor de su corazon. A cada buen pensamiento, obra piadosa y acto devoto, que muy luego llegan á ser innumerables, menester es igualmente que concurra la gracia, maravillosa participacion de la naturaleza divina. Es además indispensable ahuyentar del lado suyo los espíritus malignos que la persiguen, y embotar los tiros que contra ella asesten. Toda tentacion que experimente, causará á los abogados que tienen

en el cielo una emoción más ó ménos profunda. Todo atributo divino preciso es que legisle á su favor, hasta el punto que pueda decirse que juega con todos ellos, como quien toca las teclas de un instrumento músico. Requiérese también para salvación suya que reciba la preciosa sangre por medio de sacramentos inefables, llenos de misterios, é instituidos en sus materias y formas por el mismo Dios Señor nuestro. Toda clase de objetos, el agua, el óleo, las luces, la ceniza, los rosarios, los escapularios, las medallas etc., adquirirán, para su aprovechamiento, un asombroso poder por las bendiciones de la Iglesia. Es menester igualmente que reciba el cuerpo, alma y divinidad del Verbo encarnado con tal frecuencia, que llegue á ser para ella la cosa más ordinaria, aunque cada vez que comulgue ejecute realmente una acción todavía más estupenda que la misma creación del mundo. Dicha alma hablará al cielo, y allí será oída y obedecida; se servirá de las satisfacciones de Jesús, como si fuesen suyas propias; y bajará al purgatorio, y arrancará sus candados y cerrojos, y escogerá y sacará de allí al hermano suyo que más le agrade. Semejante alma está siempre tan cercana á Dios, y sus potencias son un lugar tan sagrado y privilegiado, que nadie sino El mismo puede infundirlas la gracia, ni los Santos, ni los Ángeles, ni la misma Madre de Dios, bendita por todos los siglos. Para la salvación, por último, de esa alma, es preciso que

sea hija de Dios, y hermana de Dios, y que participe de la naturaleza divina.

Hé aquí, pues, todo lo que concurre á la salvación de una alma: veamos ahora qué es lo que envuelve esta su salvación. Mirad allá á lo lejos aquella alma que acaba de ser juzgada: Jesús ha hablado en este mismo instante; todavía resuena el eco de sus dulces palabras, y aún no han concluido los que la lloran de cerrar los ojos de su cuerpo exánime: pero el juicio ya se hizo; todo está acabado: fué momentáneo, pero misericordioso; más que misericordioso. No hay palabras con que encarecerlo; menester es que nos lo imaginemos. Un día ¡Dios lo quiera! lo sabremos por experiencia propia. Preciso es que esa alma sea bastante vigorosa para soportar lo que ahora está sintiendo. Si Dios no la sostuviese, seguramente que volvería á la nada de donde saliera. Acabóse la vida; y ¡cuán corta ha sido! Pasóse igualmente la muerte; y cuán fácil cosa es sobrellevar su rigor pasajero! ¡cuán cortos los trabajos! ¡cuán ligeras las congojas! ¡cuán livianas las angustias y aflicciones! Algo la acaba de acontecer en este mismo instante, que ha de permanecer con ella por toda la eternidad. Jesús lo ha dicho, y así no puede cabernos la menor duda. ¿Y cuál es ese algo? Ni el ojo ha visto ni el oído ha oído: esa alma está viendo á Dios. Ante sus ojos se extiende una eternidad sin límites: las tinieblas desaparecieron de su vista; la flaqueza se ha sepultado bajo de sus pies; el tiempo que la

aprisionaba se desvaneció como el humo; no hay ya en ella ignorancia alguna: ve al Eterno. Su inteligencia está inundada de resplandores inefables, anegada de gloria y sumergida en esa vision, en cuya comparacion la humana ciencia es una grosera estupidez. Su voluntad rebosa de amor, y una dicha incomparable penetra todos sus afectos. A la manera que la esponja está llena de agua, así esa alma está ahora llena de luz, y de hermosura, y de gloria, y de arrobamientos, y de inmortalidad y de Dios. Pero estas no son sino palabras necias, más livianas que la pluma y más ligeras que el agua que corre; no son ni sombra siquiera de las dulzuras que disfruta. El ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás una felicidad semejante. ¡Y esa misma alma hace un momento gemía en un mar de aficciones; era flaca y débil, cual niño enfermizo!

Pero no es esto solo. Allá en el cielo no corre el más ligero riesgo de perder nada de cuanto posee. todo es seguro, todo suyo, enteramente suyo, inenajenable y por toda la eternidad. El pecado no puede acercarse á ella, ni la inquietud perturbarla, ni las imperfecciones vivir á su lado. No conoce ningun cambio, aunque su variedad sea infinita; ignora toda suerte de desigualdad, á pesar de sus numerosos goces é innumerables dulzuras; es coronada reina, y por toda la eternidad. El imperio de tanta magnificencia y grandeza ¡á cuán bajo precio lo ha compra-

do! Sólo aquellos desvelos y cuidados pasajeros de la vida, que la gracia cambiaba en contentamientos inefables, y el amor en verdaderos placeres! ¡Y ahora va á gozar de la gloria y encantos de la vision eterna! Creeríalo todo un sueño; pero la maravillosa calma que disfruta, descúbrela los abismos de las excelencias y grandezas de su nueva vida: el testimonio de su propia conciencia es la prenda de su dicha é inmortalidad. Tal es todo lo que va envuelto en la salvacion de una alma. ¡Cuán digno, pues, de asombro no es el mundo, si tenemos presente la muchedumbre de personas que mueren á cada momento del día y de la noche; y probablemente no se pasará un solo instante, en que deje de hallarse alguna alma en situacion semejante, es decir, juzgada, sentenciada favorablemente su causa, y abiertos sus ojos á la hermosura y bondad incomunicables del Altísimo! ¡Oh miseria y desdicha! ¡Oh desdicha y miseria! Hé aquí las únicas palabras que nuestros labios pueden pronunciar al fijar la consideracion en nuestros infructuosos afanes, y molestas tentaciones, y fastidioso egoismo, y enojosa ruindad y bajeza para con nuestro Dios y Señor. ¡Ya murió aquella persona; ya está juzgada, y todo la ha salido á las mil maravillas! ¡Oh qué felicidad tan incomparable la suya! ¡Y nosotros todavía aquí! ¡y corriendo un riesgo inminente de perdernos, y perdernos para siempre! ¡Oh desdicha y miseria! ¡Oh miseria y desdicha!

¡Pero hace unos momentos, y esa alma aún no estaba segura! Habíase empeñado una desesperada lucha; reñíase una batalla campal entre el cielo y el infierno, y el cielo parecía que iba á sucumbir! El moribundo fué bastante sufrido para merecer cuanto merecerse podía; pero puso Dios el último don, la última gracia, la perseverancia final, fuera del alcance del mérito; y hé ahí por qué se creía que daba la victoria al enemigo. ¡Momento terrible! ¡Todo estuvo en peligro! ¡En peligro estuvo de perderse, y perderse para siempre, todo cuanto se obrara en favor de la salvacion de dicha alma desde la eternidad hasta ese instante espantoso; é igual riesgo corrió asimismo de no lograrse jamás cuanto va envuelto en su salvacion! ¡Concíbese, pues, un peligro mayor? ¡Y Jesus se encontraba allí presente, observando las alternativas de la batalla y esperando su resultado: en medio del profundo silencio del momento se hubieran oido los latidos del Sagrado Corazon! Había suspendido el decreto en cuya virtud, y por los merecimientos suyos, podemos nosotros merecer tambien; y si bien Él mismo nos ha merecido el don de la perseverancia final, no parecía sino que en aquel instante habíale abandonado á la soberania augusta de su divina Majestad, y resignado en manos de la infinita y excelsa omnipotencia de la Trinidad Beatísima. Una sola ley es exceptuada de esa especie de cesion: la ley de la oracion, la oracion de

intercesion. Ora seas amigo ó pariente de semejante persona moribunda, ora enemigo suyo; ya seas su cura, ya su maestro ó bienhechor; bien seas vecino suyo, ó ya te encuentres á mil leguas de distancia de su mansion, ya le conozcas, ó no sepas si existe, ni soñado siquiera en su agonía, nada importa: el negocio de su salvacion está en tus manos. Jesus ha ordenado que tú y no Él, si es lícito expresarme así, es quien ha de salvar á dicha alma. Tú eres el escogido para completar todo cuanto ha concurrido á su salvacion, y tú asimismo el elegido para coronar la obra de lo que va envuelto en la salvacion de esa alma. Quizá nunca llegues á saberlo hasta que seas juzgado en el tribunal del Juez soberano; pero en la comunión de los Santos y en la unidad de Jesus, á ti se te ha destinado para que seas el salvador de esa alma desconocida, el vencedor de batalla tan indecisa.

SECCION II.

Misterio de la oracion.

¿Pero qué es la oracion? ¿qué es el misterio de la oracion? Nos es preciso hacer semejante pregunta, si efectivamente la oracion envuelve tan grande responsabilidad, si es cierto que obra tales prodigios, y si es asimismo indudable que tenemos la obligacion de pedir por los demas igualmente que por nosotros mismos. Varias son las consideraciones que pueden

contribuir á hacernos formar una idea exacta de la oracion. Primeramente consideremos quién es el que ruega. Ninguno ha podido tener un origen más inno- ble que el nuestro. Fuimos criados de la nada, y vi- nimos al mundo con el borron é ignominia de la culpa en nuestras almas, y con la pesada carga de una pena espantosa, que un llanto eterno no sería capaz de aligerar. Á esta desgracia nuestra original hemos añadido toda suerte de faltas y pecados, de traiciones y rebeldías, de rabia y desesperacion: no hay palabras con que encarecer nuestra malicia y crasa ignorancia. Todo fué vil en nosotros desde el principio, y la perversidad de nuestro corazon lo ha hecho inconmensurablemente más vil todavía. No es fácil que lleguemos á creernos más malos de lo que somos: por eso ha sido preciso imponernos el deber de ser pacientes y sufridos con nosotros mismos, así como con los demas. Consideremos ahora quién es Aquel á quien pedimos. Él es el Rey de la majestad, el inmenso y omnipotente Dios, fuera del cual no se concibe nada más bueno, ni más santo, ni más puro, ni más augusto, ni más adorable, ni más misericor- dioso, ni más compasivo, ni más incomprendible, ni más inefable. Él es Tres Personas realmente distintas en unidad de esencia, y en Él vivimos, nos movemos y existimos. El puede hacer de nosotros todo cuanto le agrada, y no tiene para con el hombre otras obli- gaciones que aquellas que en su misericordia é infi-

nita bondad se ha servido imponerse á Sí mismo. Él todo lo sabe sin necesidad de que se lo manifestemos, y conoce cuanto nos es necesario, ántes de que lle- guemos á pedirselo; pero es voluntad suya no so- corrernos, si primero no se lo pedimos. Consideremos asimismo dónde hemos de hacer nuestra oracion. Sea ó nó un lugar consagrado, se halla en Dios mismo. Vivimos en Dios como los peces dentro del mar. Su inmensidad es nuestro templo, su oido está unido á nuestros labios, los toca: no lo sentimos, ciertá- mente, porque si así fuese, caeríamos muertos en el acto. El pensamiento habla á este oido divino, que siempre está escuchando, tan alto como las palabras y los sufrimientos, más alto todavía que las palabras mismas: jamás se separa de nuestros labios, y en él respiramos, hasta cuando soñamos y dormimos.

¿Y de dónde nace el valor de nuestras oraciones? Estas no son más que palabras huecas y peticiones fugitivas: nada hay en nosotros que pueda contribuir á que se nos escuche, á no ser el exceso mismo de nuestra bajeza y el colmo de nuestra miseria. Efecti- vamente ¿qué serian nuestras oraciones al oido del Criador, sino el rugido del león, el graznido de la gru- lla, ó el quejido del animal acosado por el cazador? El valor de nuestras oraciones nace principalmente de haberse dignado el mismo Dios hacerse hombre, viviendo á la inclemencia de los montes, y pasando allí noches enteras en oracion. Nos une consigo mis-



mo con estrechísima lazada; hace suya nuestra causa, nuestros sus intereses, y somos una cosa con Él. Por medio de una comunicacion misteriosa, sus oraciones se mezclan y confunden con las nuestras, la riqueza de las suyas enriquece la pobreza de las nuestras, y la infinidad de las suyas toca, y eleva, y engrandece la ruindad y miseria de las nuestras. Así es que cuando oramos, no somos nosotros quienes lo hacemos, sino Él quien ruega por nosotros. Hablamos al oído de nuestro Padre celestial, y no es nuestra voz, sino la voz de Jesus y María, la que Aquél escucha. Ó más bien, el Eterno Padre quiere tener la dignacion de ser como el ciego Isaac en su vejez. El hijo menor autorizado para representar á su hermano mayor, arrodillase ante su padre para que le dé su bendicion: *La voz, cierto, es la voz de Jacob, y no es este á quien quiero bendecir; pero las manos son manos de Esaú, encallecidas con las faenas de la redencion del mundo. Y le dice el Eterno con Isaac: Llégate á Mí, y dame un beso, hijo mio; y luego que percibe la fragancia de sus vestidos, que son la estola de Cristo, bendiciéndole, exclama: Hé aqui el olor de mi hijo, como el olor de un campo, y cólmale de bendiciones.*

Pero no acaban aquí las finezas y artificios de su amor paternal. Preciso es que averigüemos ahora quién es Aquél con quien rogamos. Jamás lo hacemos solos, siempre que pidamos como es debido: esto

es indudable. Hay Uno que vive en nosotros, igual y coeterno Dios, que procede del Padre y del Hijo, y Él es quien *forma las palabras en nuestro corazon; y pone en música nuestros clamores, cuando decimos: Abba, Padre! Él es nuestro acceso al Padre, y quien llena de fortaleza nuestro corazon. Él nos hace hablar y nos recrea con salmos, y con himnos, y con canciones espirituales, cantando y loando al Señor en nuestro corazon, dando siempre gracias por todo á Dios el Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Él es el Espíritu por quien hacemos en todo tiempo continuas oraciones y plegarias, por Él mismo velamos con todo empeño é instancia en favor de los Santos, y Él ayuda nuestra flaqueza, porque no sabemos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables; y Aquel que penetra á fondo nuestros corazones, sabe lo que desea el Espíritu.*

Consideremos igualmente la facilidad increíble de la oracion. Es conveniente todo tiempo, lugar y postura, pues no hay tiempo, postura ni lugar en que no podamos confesar reverentemente la soberana presencia de Dios. Para la oracion no es necesario el talento, la elocuencia está demás y la dignidad no es recomendacion, porque la necesidad es nuestra elocuencia, y la miseria nuestra mejor recomendacion. El pensamiento es veloz como el relámpago, y con la velocidad misma del relámpago puede multiplicar

oraciones eficaces. Ruegan así las acciones como los sufrimientos; y en la oración no se necesitan ceremonias que hacer, ni rúbricas que guardar. Exprésase toda la función con una sola palabra, á saber: el niño á las rodillas de su padre balbuceando palabras sueltas é incoherentes, y su faz expresiva abogando mejor que su oración confusa é ininteligible.

Consideremos también la eficacia de la oración. Únicamente debemos pedir cosas justas, y pedir las con asiduidad y perseverancia, creyendo firmemente que nos serán concedidas, nó conforme á la pobreza de nuestras ruines intenciones, sino según la riqueza, y sabiduría, y munificencia de Dios: como así lo hagamos, infaliblemente las recibiremos. Dios está á nuestra disposición. Otórganos cerca de su persona una influencia casi ilimitada, y no una ni dos veces, ni solamente en las fiestas y ocasiones extraordinarias, sino en todos los instantes de la vida. ¿Existe, pues, un misterio de la gracia más dulce que el misterio de la oración? Cuéntase que á cierta sierva de Dios encomendaban diferentes personas, que acudían de todas partes, se sirviese hacer oración por algunos negocios suyos. Ella respondía que sí haría, pero olvidábase después: estaba abismada en altísima contemplación, y no pensaba más que en complacer al Esposo de su alma. Todo sin embargo cuanto le encargaban, sucedía á pedir de boca. Vol

vían las gentes á darla gracias como si por sus oraciones lo hubiesen alcanzado, y ella quedaba asombrada y confundida. Un día fuése á Jesús, y en un éxtasis formó de El amorosa querrela. «Mira, hija, replicó nuestro Señor dulcísimo: como tu voluntad está enteramente resignada en mis manos, y no quiere hacer sino la mía, aunque por olvido no me pidas particularmente, quiero, sin embargo, hacer lo que tú desearías se hiciese.» ¡Ved, pues, qué Señor es este con quien tenemos que habérmolas!

Ultimamente, permítenos Dios que roguemos no solamente por nosotros mismos, sino también por los demás; más aun: nos manda expresamente que intercedamos por nuestros prójimos. Por boca de su Apóstol nos habla en esta forma inusitada:—«Recomiendo ante todas cosas que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres» (1). Y en el pasaje arriba citado del capítulo octavo de la carta á los Romanos, donde dice: *El que escudriña los corazones conoce bien lo que desea el espíritu*, añade: *porque pide por los Santos según Dios*. Por tanto el privilegio inestimable, el don misterioso de la oración, se nos otorga no solamente para remedio de nuestras necesidades, si que también para utilidad espiritual de nuestros hermanos. ¡Oh qué cuenta tan estrecha tendremos que rendir un día

(1) I Tim. II. 1.º

por tan grande favor ! ¡Qué solicitud no debería ser la nuestra, para no poseer en vano don semejante ! Podrá Dios no habernos dado otros talentos ; pero por lo que hace al de la oracion, ciertamente que nos le ha concedido. Para el ejercicio de la oracion no hay distincion de personas : jóvenes y ancianos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, sacerdotes y legos, todos tenemos la obligacion de practicar la oracion de intercesion. ¡ Ay de nosotros si escondemos este talento, y nos atrevemos á devolérsele al Juez supremo sin haber con él negociado ! Examínese, pues, cada cual á sí mismo, y vea qué tiempo ha consagrado hasta aquí á dicha devocion, y si bajo este respecto el pasado es enteramente como quisiera que hubiesesido. La oracion continua es un precepto difícil, que únicamente podemos llegar á cumplir con el tiempo y el hábito, no ménos que con el auxilio de la gracia y especial favor del cielo. Pero lo que desde luego hemos de procurar, es aumentar nuestra oracion á medida que vayamos creciendo en edad, y que cuanto mayor sea nuestra oracion, mayor sea asimismo nuestra solicitud por elevarla á la categoria de intercesion en favor del alma de nuestros hermanos.

Acaso nunca, miéntras nos hallemos en el mundo, realicemos el poder celestial de la oracion, ni descubramos todas las sobreabundantes riquezas de ese tesoro de que ahora ¡ ay ! hacemos tan poco caso, sin considerar que por él se nos pone, digámoslo así, la gloria

de Dios en nuestras manos. ¡ Cuánto no podríamos hacer auxiliados de la oracion de intercesion ! ¡ Qué maravillas no podríamos obrar, por mediacion suya, en el rincon más oculto de la tierra, en las tenebrosas mansiones del purgatorio, y en los magníficos y regios salones de la Jerusalem celestial ! Pero ya se ve : los tiempos en que vivimos son contrarios á la oracion : el espíritu del siglo se opone á ella, y las costumbres de nuestros contemporáneos se declaran formidable enemigo suyo. ¡ Oh ! pues fe en la oracion ! ¡ sólo fe en la oracion ! ¡ fe en la simple oracion ! y los intereses de Jesus se extenderán por el mundo cual conquista benéfica, y la gloria divina cubrirá la tierra como el inmenso piélago de aguas cubre el fondo del mar, y los coros de almas redimidas se aumentarán más y más cada dia, hasta el punto de que el Divino Pastor, si no fuese quien es, caería abrumado con la pesada carga de su fecunda pasion !

Abrense á veces los cielos, y nos envían un vislumbre de este poder de la oracion. Ved cómo la fueron abiertos á Santa Gertrúdis (1). Declaróla el Señor que cuantas veces reza un cristiano devotamente la salutacion angélica, otras tantas brotan del seno del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo tres impetuosos arroyuelos, que van á penetrar dulcemente el Corazon de la Santísima Virgen. Luégo, saliendo de su

(1) Rev. lib. IV, cap. 12.

Corazon con igual impetuosidad, buscan su origen, y estrellándose al pié del trono de Dios, cual ola empujada contra una roca, déjanla poderosísima segun el Padre, sapientísima segun el Hijo, y llena de amor segun el Espíritu Santo. Mientras uno está diciendo el Ave-María, corren estos arroyuelos con grande impetuosidad al rededor de la santísima Virgen, inúndanla, y vuelven en seguida á precipitarse sobre su Corazon santísimo. Con tan maravillosa delectacion, son palabras de la Santa, van á buscar primeramente su origen, y retrocediendo despues, resuélvense en gotas brillantes de gozo, y dicha, y salvacion eterna; se derraman, cual lluvia benéfica, sobre todos los Angeles y Santos, y hasta sobre aquellos que se ocupan entónces en rezar la misma saluacion; y de esta suerte llegan á renovarse en cada uno todos los bienes que recibiera hasta el presente por medio de la Redencion. ¡Y cuán fácil cosa es rezar una devota Ave-María! Y si esto acontece con la saluacion angélica, ¿qué maravillas no obrará el Padre nuestro, Credo, oraciones de la Misa y jaculatorias del Evangelio? ¿Sabemos nosotros qué es lo que estamos haciendo, y dónde nos hallamos y qué es lo que nos rodea, y hasta qué punto se extiende nuestra influencia, y dónde acaba nuestra responsabilidad? ¿Hemos por ventura medido nuestros privilegios, y tomado la altura de nuestra dignidad, y sondeado los abismos de la gracia? ¡Ay! ¡Estamos sitiados por

nuestra propia grandeza, y no lo conocemos! ¡Obramos milagros, y lo ignoramos! ¡Removemos los cielos, y vivimos en la tierra sin pensar en ello siquiera! ¡El misterio es para nosotros impenetrable, el problema demasiado difícil, y lo sobrenatural enteramente opresivo! Réstanos no obstante un constiello, y es, que si amamos á Jesus con recta intencion y puro amor, ejecutaremos con perfeccion todas las cosas, y usaremos de todas nuestras facultades y poderes, y cumpliremos todas nuestras obligaciones, y subiremos á la cumbre de la perfeccion y agotaremos todas las bendiciones del cielo. Sea, pues, nuestro nacimiento, y nuestra vida, y nuestros movimientos, y nuestra respiracion, y nuestras palabras, y nuestras obras, y nuestros pensamientos, y nuestros goces, y nuestros pesares, y nuestros trabajos, y nuestro reposo, y nuestra dicha y nuestra tribulacion, *todo por Jesus*; y no necesitaremos ocuparnos de ningun otro pensamiento, ni de ninguna otra regla. No se desperdiciará entónces un solo átomo de lo que somos, de lo que hemos recibido, de lo que sufrimos y podamos hacer en lo sucesivo. Así, todos los actos deliberados serán por Jesus; todos los indeliberados, por Jesus tambien; todas las cosas posibles, por Jesus; y si para uno pudiese haber algo imposible en Cristo, hasta lo imposible debería igualmente ser *todo por Jesus*.